

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

LA TRADICION
BOLIVARISTA
ARGENTINA

Por
RICARDO LEVENE

BUENOS AIRES
1943

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

LA TRADICION
BOLIVARISTA
ARGENTINA

Por

RICARDO LEVENE

BUENOS AIRES

1943

LA TRADICION BOLIVARISTA ARGENTINA

DISERTACION DEL Dr. RICARDO LEVENE
EN EL MUSEO HISTORICO NACIONAL

(27 de octubre de 1942)

LA fe en los grandes hombres es una fuerza moral que conserva las cualidades puras de los orígenes, acendradas en las etapas históricas que recorren los pueblos. Circunstancias múltiples deciden la aparición estremecida del genio en sus diversas manifestaciones, político, militar, religioso, científico, artístico, pero es siempre el mismo visionario que salva las distancias en el espacio y el tiempo.

Los Estados de América han realizado un destino común. Sincronismo impresionante acusa la cronología de los hechos magnos desde el Descubrimiento y la Independencia a nuestros días.

Esta historia americana es una aurora, el hecho nuevo, inédito, con sus enérgicas influencias originarias, de orden natural y espiritual, historia distinta de la realidad social europea, encarnada en hombres representativos unidos entrañablemente a los pueblos, en identidad de propósitos, que nada tienen que hacer con los héroes fabulosos o los hombres milagros destituídos de verdad histórica y de doliente humanidad.

Por sus antecedentes hispano-americanos y su composición social, Venezuela y la Argentina, forjaron en Caracas y Buenos Aires, los centros revolucionarios de gran poder expansivo, dieron comienzo en el mismo año de 1810, al movimiento emancipador que se extendió en la inmensidad del escenario sudamericano y fueron cuna de dos figuras de dimensiones continentales, los dos libertadores, llamados a cumplir una misión redentora en el Nuevo Mundo.

La personalidad de Bolívar acusa trazos profundos como guerrero americanista, político y publicista, y las variantes en sus acciones públicas, son las curvas vitales de un agitado proceso histórico y las resultantes del torbellino de las pasiones desencadenadas en las variadas circunstancias de la época que vivió, a la vez terrible y fecunda.

Las guerras de Bolívar, como las de los grandes conductores, han tenido una influencia decisiva en la formación política, al templar el alma venozolana, como San Martín ha forjado el alma argentina,

cuando la nación misma era un sentimiento naciente y una idea confusa.

En las jornadas de 1812 a 1814, realizó proezas sin precedentes hasta entonces, con episodios deslumbrantes sobre el avance desde las bocas del Magdalena hasta los Andes y su entrada luego en Caracas hasta convertir la ciudad en el foco de su campaña militar. Fracasado el intento de su asesinato en la isla de Jamaica (1815), a partir de esa fecha, se inicia la realización de un vasto plan, a través de los Andes, alentado por los resultados victoriosos de la campaña de San Martín, como lo expresó con amplitud de alma. Desde el Cuartel General de Angostura (12 de junio de 1818), dirigió una alocución a los habitantes del Río de la Plata, manifestando que en todo hemos sido iguales, “sólo la fatalidad, anexa a Venezuela, dice, la ha hecho sucumbir dos veces y su tercer período se disputa con encarnizamiento. Ocho años de combates, de sacrificios y de ruina han dado a nuestra patria el derecho de igualarse a la vuestra, aunque infinitamente más espléndida y dichosa”.

Con palabras generosas expresó más adelante que “la sabiduría del gobierno del Río de la Plata, en todos los departamentos de su administración, sus transacciones políticas con las naciones extranjeras y el poder de sus armas en el fondo del Perú y en la región de Chile, son ejemplos elocuentes que persuadirán a los pueblos de América a seguir la noble senda de honor y libertad. Venezuela, aunque lejos, no os perderá de vista... y aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad”. Bolívar termina afirmando el concepto superior de que una vez extinguidos los últimos tiranos que profanan el suelo, “entonces os convidará a una sola sociedad para que nuestra divisa sea la unidad en América meridional”. En la misma fecha retribuyó el mensaje del Director de las Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, recordando al pueblo argentino de la América del Sud “de ese pueblo que es la gloria del hemisferio de Colón —dice— el sepulcro de los tiranos y conquistadores y el baluarte de la independencia americana”.

Prosiguiendo sus campañas, Bolívar triunfaba en el campo de Boyacá (7 de agosto de 1819). Enseguida se dictó la ley fundamental de la República de Colombia o la Confederación de la antigua Capitanía de Venezuela, con el antiguo Virreinato de Nueva Granada. Después de una tregua con España, rotas nuevamente las relaciones políticas y diplomáticas, venció en la pampa de Carabobo (24 de junio de 1821) y pocos días después se sancionaba la Constitución definitiva del Estado, nombrándose a Bolívar presidente.

Victorioso en Bomboná (7 de abril de 1822) un mes y días después (24 de mayo), las armas unidas de Colombia, Ecuador y la Ar-

gentina, al mando de Sucre, obtenían un nuevo triunfo en el campo de Pichincha. Las campañas consolidaron la emancipación de América en las batallas de Junín (6 de agosto de 1824) y de Ayacucho (9 de diciembre de 1824).

Las acciones libertadoras de Bolívar alternaron en sucesivas cruzadas con violentas embestidas, más temible vencido que vencedor, por su indomable energía en el contraste y su poder vital para la reacción.

Bolívar tuvo genialmente la idea preconcebida del americanismo. En frase feliz, dijo que la esperanza de América, era cada día más fuerte y que en este Continente rodeado por los dos grandes océanos del mundo, “el corazón de los americanos es absolutamente independiente”.

Proyectó el plan luminoso de la Confederación Continental y su órgano el Congreso de las Naciones, siguiendo el modelo de las confederaciones de los antiguos griegos. Desde 1813, proclamaba la conveniencia de reunir toda la América bajo un gobierno central y en 1815 escribió: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo, una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con él, todo... Mas no es posible por que climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América”. “Qué bello sería —agrega— que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las Repúblicas, Reinos e Imperio, a tratar y discutir sobre los intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”.

Monteagudo fué su fervoroso adicto y el dinámico propulsor de ese ideal.

Bolívar decía a Monteagudo, en carta fechada en Guayaquil, el 5 de agosto de 1823: “El talento de usted servirá mucho en esta parte a la causa de la libertad”. A continuación se refiere a los inconvenientes que oponía el gobierno de Rivadavia para entrar en la Federación. Monteagudo con su natural vehemencia continuó siendo el propulsor de la federación americana. En diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, redactó la extensa circular firmada por Bolívar invitando a los Estados de América para que designaran sus representantes a la conferencia que debía realizarse en Panamá y en la que dice, henchido de ilusión: “el día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal”. Monteagudo ahondó el concepto en las admirables páginas, “sobre nece-

sidad de una Federación General entre los Estados hispano-americanos y plan de su organización”, frente al peligro de la Santa Alianza, en las que abarca la extensión del horizonte, proyecta su visión a través del tiempo y se concreta objetivamente, en la formación de la “Liga por la libertad”.

El Congreso de Panamá a que convocó Bolívar, se reunió en 1826, en un momento histórico de profunda crisis interna en los Estados hispano-americanos. Estados Unidos fué también invitado y el presidente John Quince Adams y secretario de Estado Henry Clay, auspiciaron con entusiasmo la iniciativa. Es lo cierto que dominando todo género de dificultades se ponía en marcha la idea clarividente, principio de realización, por el solo hecho de reunirse en el Congreso Hispano-Americano, el glorioso precedente de las conferencias y los congresos contemporáneos.

Era el amplio nacionalismo americano de Bolívar, dar América a los americanos, anticipándose a Monroe, como dice con razón el eminente historiador Caraciolo Parra Pérez en su libro logrado, por su fondo y forma, “Bolívar, contribución al estudio de sus ideas políticas”.

Americanista en los fines, por su inspiración romántica, Bolívar era un gobernante práctico, en posesión de los medios políticos, con el sentido de la realidad.

Como publicista, son famosas sus arengas, pues en cada una de ellas exponía los principios fundamentales del derecho público. Sus proclamas, de los que se conocen no menos de cien y su correspondencia, reunida por Vicente Lacuna, en los diez volúmenes de “Las cartas del Libertador”, eran instrumentos de propaganda revolucionaria y de enseñanzas políticas. En el caudillo militar resplandecían las cualidades del pensador, con ideas directrices, y del escritor, de robusto y cálido estilo —estilo quijotesco, algo enfático, al decir de Unamuno— cualidades desplegadas a los ímpetus místicos de su pasión por el bien público y su amor a la gloria.

Fué un rebelde por vocación y un revolucionario por temperamento, formado en la antigua sociedad de la monarquía absoluta. Luchó porfiadamente por obtener por grados los cambios en todos los órdenes de la convivencia colectiva, desde el económico al espiritual. Estaba imbuído del racionalismo de Juan Jacobo Rousseau, a través de su maestro, el preceptor experimental Simón Rodríguez, fanático por el “Contrato Social”. Pero el libro que ha inspirado más confianza que la Biblia y el Corán, como se ha dicho, provocó en Bolívar una reacción fecunda. En vez de ideólogo fué un hombre de acción, dotado de un conocimiento exhaustivo del medio social ame-

ricano, que le ha hecho comprender la suprema necesidad de comenzar con la reforma psicológica y aun racial, elevando el nivel de la vida humana, material y moral.

Militaba en la vanguardia de los estadistas de este Continente que han puesto los más tenaces empeños en fundar escuelas y bibliotecas públicas, como baluarte para las guerras interiores contra la ignorancia criolla, en tiempos en que la gran mayoría de los seres estaban secuestrados a la luz del saber elemental.

De ahí su concepción audaz de constituir el “Poder espiritual”, tomando de Atenas su areópago y de Roma sus censores y tribunales domésticos, como guardianes de las costumbres, considerando que “luces y moralidad, los dos polos de la República, he ahí los dos elementos de que más necesitamos estamos”. Era la doctrina de la creación de un cuarto poder para hacer al pueblo virtuoso, además de fuerte y libre, extendiendo sus alas en el corazón de los hombres, en defensa de la moral republicana contra la corrupción, el egoísmo, la ociosidad. En honor de la verdad, corresponde decir que esta nueva entidad no está erigida como tal en las constituciones escritas modernas, pero esa prédica, mucho ha contribuido a vigorizar el poder moral en la conciencia democrática de los Estados de América.

La imagen de la realidad americana explica la teoría abrazada por los hombres representativos sobre la democracia responsable en oposición a las utopías políticas. Ya en el “Manifiesto de Cartagena”, de 1812, a los habitantes de Nueva Granada, después de la pérdida de Venezuela que abre la serie de sus grandes escritos, el entonces coronel Simón Bolívar, hablaba de los cándidos e ilusos que sueñan en “Repúblicas aéreas”, de donde resultaba “que hemos tenido filósofos en lugar de jefes, filántropos en lugar de legisladores, dialécticos en lugar de tácticos y sofistas en vez de soldados”.

En la Carta de Jamaica (1814-1815) demostró que las instituciones republicanas funcionaban en relación con el carácter, el estado de cultura y las virtudes del pueblo, profetizando el destino político de las naciones del continente. Volvió a hablar de los peligros de la demagogía en el “Mensaje al Congreso de Angostura” (1819) en el que afirmaba la necesidad de que en la República, el P. E. debe ser el más fuerte, mientras que en las monarquías, el más fuerte debe serlo el Poder Legislativo, proclamando que la “libertad ilimitada y la democracia absoluta, son los escollos contra los cuales se estrellaron las esperanzas americanas”. Eran declaraciones de singular valor, hechas por quien profesaba horror a la dictadura y había escrito “que ni por un extraordinario evento me haré acreedor a que la posteridad me despoje del título de libertador que me dieron mis conciudadanos y que halaga toda mi ambición”.

La constitución que propuso después de Carabobo y en otras que también redactó, defendía ese concepto del ejecutivo fuerte, para estructurar los grandes Estados en formación, sosteniendo un régimen aristocrático, aun con senado hereditario.

Bolívar, como San Martín, angustiados patrióticamente, no pensaron sino en hallar el medio operante para concluir con la anarquía hispano-americana. San Martín había creído momentáneamente en la monarquía temperada como recurso político y como remedio heroico, pero no insistió en esta fórmula, en el momento de sus grandes triunfos en el Perú y después de fracasadas las gestiones de paz con el Virrey, como consta en documentos que dirigió desde Lima al Cabildo de Buenos Aires y al gobernador de Córdoba, la ciudad donde debía reunirse el Congreso Constituyente, pues llamaba a la unión de los pueblos en el año de las luchas fratricidas de 1820, terminando con este concepto vertebral: "Erijase la autoridad central con las condiciones y atribuciones que se quieran y restablézcanse a su esplendor y confianza primitivos, los pueblos hermanos del Río de la Plata".

Bolívar como San Martín, juzgaban que era difícil para estos pueblos, evolucionar ordenadamente de la tiranía, como llamaban entonces al sistema monárquico absoluto, en el que habían vivido tres siglos, al de la república democrática, por efecto de su propia constitución social, en momentos en que la Santa Alianza, aseguraba en Europa la vuelta al antiguo régimen.

En la Constitución de la República de Bolivia de 1826, Bolívar apeló a un recurso extremo, al instituir la presidencia vitalicia, "que como el sol fijo en su centro da vida al Universo", suprema autoridad perpetua alrededor de la cual se desenvolverían los demás magistrados, considerándola como el instrumento eficiente para contrarrestar las cuarteladas revolucionarias y la anarquía incoercible que convulsionaban a las sociedades hispano-americanas. La Constitución se puso en vigor, se eligió presidente al vencedor de Ayacucho, el mariscal Sucre, quien aceptó el cargo a pedido de Bolívar, por solo dos años, para entregarlo oportunamente a su primer ministro. A poco, el Perú invadió a Bolivia con el principal objeto, como se ha escrito, de abolir su propia constitución y la constitución boliviana y la presidencia vitalicia, "que había cerrado la puerta a tantas ambiciones".

Al restituirse a Colombia, Bolívar presentó su renuncia (1828) después de haber ejercido el cargo de libertador y presidente, durante catorce años. Pero al ver amenazada la unidad de la gran Colombia, por la resistencia de Nueva Granada, con su jefe el general Santander, Bolívar marchó sobre Bogotá, dejando a la patria chica de su nacimiento, la ciudad de Caracas, que nunca más volvería a ver. Dominada por la fuerza la situación anárquica, se convocó a la

Convención Constituyente de Ocaña, que fracasó. La crisis revolucionaria era tan profunda que originó un movimiento de conspiración contra la vida de Bolívar, siendo asaltado en el Palacio. Al salvarse providencialmente el libertador-presidente escribió: "En realidad he sido asesinado. Los puñales me los han clavado aquí en el corazón. ¿Es esta la recompensa que merezco por mis servicios a Colombia y a la Independencia de América?"

Tal el drama de los sorprendentes desenlaces y de los conflictos violentos entre la teoría y la práctica, entre los planes que se tenían por verdaderos y la implacable realidad, la inteligencia que no acertaba en orientar las impetuosas corrientes sociales desamparadas en la inestabilidad de los hechos americanos.

América hispana era ya un gigantesco laboratorio experimental en el que hacían crisis todos los ensayos, por su idealismo, lo mismo que por su pragmatismo, los de orden educacional como la Escuela Modelo de Chuquisaca, con sus extravagancias pedagógicas, fundada por el preceptor Simón Rodríguez, de acuerdo a los dictados de Rousseau, y los de orden político, las constituciones en Bolivia, Perú, Gran Colombia, Río de la Plata, fracasadas por prematuras, papeles arrancados por las pasiones de un estado social que no había agotado aún las fuerzas disolventes del ciclo dinámico revolucionario.

II

Las individualidades ejemplares de la generación emancipadora se sentían solidarias. La patria era América y se llamaban americanos entre ellos.

Cuando aun no estaba cimentada la gloria de Bolívar, ya figuraba San Martín entre los primeros en exaltar su personalidad. En la entrevista de Guayaquil, se plantearon disidencias profundas, pero se mantuvieron incólumes los ideales de la América libre. La documentación a este respecto es terminante. Bolívar escribió al general Santander (29 de julio de 1822), que entre las importantes finalidades logradas en la entrevista estaba, "la amistad de San Martín y el Perú" y al doctor Peñalver le dijo dos meses después (26 de septiembre de 1822): "El general San Martín me pareció lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de él".

Por su parte Tomás Guido, después de la abdicación de San Martín, le escribía que los patriotas habían vuelto los ojos a él "y una semana ha, circuló una representación en la que se recogían firmas del pueblo pidiendo el regreso como único mediador y término de todos los partidos". En la primera contestación a Guido, San Martín le expresa que sólo Bolívar, apoyado en la fuerza, podrá

remediar los males que aquejaban al Perú y un mes después, enseguida de la entrada de Bolívar en Lima, reiteraba su juicio sobre la eficaz acción que realizaría en la política interna, añadiendo: "El sólo puede cortar los males y si contemporiza, todo se lo llevará el diablo".

Tales antecedentes confirman la convicción cada vez más generalizada, de que los dos libertadores habían discutido sobre las graves cuestiones tratadas en la conferencia, como se sabe, pero situados en planos en que se debatía el porvenir de América, se separaron sin agravios en el alma. Cuatro años después de la entrevista San Martín explicaba en carta a Guido, las relaciones amistosas con Bolívar en oportunidad en que le llegaban versiones hirientes para él, atribuidas al Libertador del Norte, a las que no había querido dar crédito, calificándolas severamente porque procedían "de la baja y sucia chismografía que por desgracia abunda en nuestra América". "Sus mismas cartas (que originales existen en mi poder) hasta mi salida para Europa —le dice a Guido— me manifiestan una amistad sincera".

El conflicto fué posterior y a la distancia, promovido con ánimo exaltado por amigos comunes y los intermediarios officiosos que veían extenderse, por momento, el poder de Bolívar, cuando parecía extinguirse el resplandor de la aureola de San Martín.

En el ánimo del vencedor de Chacabuco y Maipu, se estrellaron las versiones insidiosas, como se demuestra, por otra parte, entre otros hechos, con la referencia de Sarmiento, que le visitó hacia 1847, y vió que tenía en su habitación un retrato de Bolívar.

Fué pues San Martín, quien creó entre nosotros, con su palabra y las actitudes concordantes que asumió la tradición bolivarista argentina.

Buenos Aires celebró jubilosamente la victoria del general Sucre en Ayacucho, con el entusiasmo que inspira a "todo corazón americano" como se dijo entonces ("El Argos de Buenos Aires", 9 de febrero de 1825) sin dejar de recordar a Bolívar.

El general Las Heras, entonces en el gobierno de Buenos Aires, recordó años después el episodio de la procesión por las calles con el retrato de Bolívar con hachas encendidas. "Volcán de fiestas y alegría la ciudad un mes. Tuve que tirar un decreto para reglamentar el delirio" ("Ayacucho en Buenos Aires", por Gabriel René Moreno", en Biblioteca de la Juventud Hispano-Americana, Madrid, pág. 34). Entre los actos realizados según la información del redactor de "El Argos" figura el gran banquete que presidió el ministro de Gobierno, Manuel J. García, y como vicepresidente, el presidente del Congreso, Narciso Laprida. La crónica del periódico citado ("El Argos de Buenos

Aires", 12 de febrero de 1825) abunda en detalles elocuentes de la sensibilidad popular argentina y sus exteriorizaciones sencillas en los fastos americanos. A la cabeza del ministro se hallaban las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata, rodeadas de las banderas de Colombia, Chile, México, Perú, Guatemala y Haití. En el centro del salón, al lado del nombre del general Bolívar, se exhibían las banderas de los Estados Unidos, la primera nación de este hemisferio que reconoció a sus iguales, y de Inglaterra, la primera nación de Europa que defendió nuestra existencia política con la que en esos días se firmaba el Tratado de Amistad y Comercio. A la derecha de las armas de la patria, se leía el nombre del general Sucre y a la izquierda aparecía el campo de Ayacucho. A la cabeza del vicepresidente, estaba el retrato del general Bolívar, a su derecha se leía el nombre del general Necochea, y a la izquierda esta inscripción: "Junín". En la reunión que se prolongó hasta las dos de la mañana, se hicieron numerosos brindis, como era de práctica entonces y en uno de ellos se recordó al general Bolívar "rayo exterminador de los tiranos de Colombia y el Perú".

En otro periódico se comentó la novedad particular de las procesiones cívicas de los jóvenes, que recorrían la ciudad, iban a saludar a los representantes de naciones amigas y a ilustres patriotas argentinos. En la celebración de Ayacucho en Buenos Aires, como acto de consolidación de la independencia americana adquirieron realce dos escenas, como dice el historiador Gabriel René Moreno, que en otro momento hubieran pasado inadvertidos: los exámenes públicos y premios distribuidos en la inauguración de la escuela lancasteriana, y la exhibición de los primeros frisonos y merinos importados para mejoramiento de la industria ganadera.

Entre los bolivaristas argentinos se destacan gobernantes y publicistas como Funes, Monteagudo, Pueyrredón, para quienes, como escribió el primero de los citados, en una de sus cartas al Libertador del Norte (16 de abril de 1824) el horizonte se cubría de nubes por que España y Francia se armaban a toda prisa, tomando a la América por su teatro. "Está ya bien averiguado que si hemos de ser libres lo hemos de ser por nosotros mismos", termina.

Los militares argentinos como Necochea, Guido, Las Heras, Alvear, Lavalle, Aráoz de Lamadrid, Dorrego, querían que la espada del vencedor de Carabobo, y el brazo fuerte de Ayacucho se pusieran al frente de la lucha en que estaba empeñada con el Brasil, como escribió el último de los nombrados (25 de mayo de 1826).

El general Santander, vicepresidente de Colombia, a quien Bolívar llamaba "el hombre de las leyes", se oponía a mezclarse en la guerra con el Brasil, invocando entre otras razones, el deficiente

pacto suscripto por Rivadavia en 1822, con el plenipotenciario Joaquín Mosquera, no ratificado por el Congreso de Buenos Aires.

El general Carlos M. de Alvear, al presentar las credenciales como enviado del Río de la Plata, conjuntamente con José M^a Díaz Vélez, en Potosí (el 16 de octubre de 1825), felicitó a Bolívar en nombre de la Nación Argentina, por los servicios prestados a la causa del Nuevo Mundo, “cuya libertad e independencia acabáis de afianzar irrevocablemente” —dijo—. Bolívar contestó que “el pueblo argentino debe contar siempre con que nuestro corazón no se apartará jamás de su futura suerte, que nuestro más vivo interés y nuestro más cordial afecto serán por aquel pueblo que empezó simultáneamente con nosotros la hermosa carrera de libertad que hemos terminado (16 de abril de 1824), el horizonte se cubría de nubes porminado”. Reconoció la justicia que asistía a la Argentina para pedir una satisfacción al emperador del Brasil, en nombre de Colombia, el Perú, Chile y el Plata, mancomunadas las repúblicas para luchar por sus derechos, pero que en las actuales circunstancias no podían sino interponer su influencia ante los gobiernos, porque lo principal consistía en celebrar el Tratado de Alianza y crear la Confederación Americana.

A los corifeos de Bolívar, ciudadanos y soldados, se les imputó el propósito de abrazar un proyecto criminal para coronarlo emperador de la América Meridional, calumnia difundida en un impreso anónimo que el déan Funes le enviaba a Bolívar diciéndole que era “el camino más breve para que V.E. detestase aún mi nombre” por ser público entre sus virtudes su desinterés republicano.

El general O'Leary que en sus memorias, criticó severamente al gobierno del Plata (“Bolívar y la emancipación de Sur América”, t. II, pág. 501, edición de la “Biblioteca Ayacucho”) afirma sin embargo, que Bolívar estaba convencido de que la gran mayoría del pueblo argentino apreciaba sus virtudes y servicios.

El final de la vida pública de Bolívar se confunde con su muerte, revestida de grandeza trágica.

Un año antes escribió que la América que había librado de sus enemigos, le destrozaba en pedazos con toda las furias de sus pasiones y afirmaba rebelándose hasta el fin, pero inútilmente y “Yo no seré mártir”.

El sueño de la Gran Colombia se hundía aceleradamente bajo su mando. El Ecuador constituyóse en Estado independiente, Venezuela se desmembraba del Estado Colombiano, desconociendo la autoridad de Bolívar y los pueblos se sublevaban en Nueva Granada.

Se desplegaron todos los empeños para detener el proceso sepa-

ratista, que era la consecuencia de un ideal indeclinable de las naciones, sobre la base de mantener la integridad territorial de Colombia, con Cámara de distritos y regímenes locales. Al reunir el Congreso que dictaría la nueva constitución, Bolívar renunciaba con carácter definitivo a la dictadura, afirmando solemnemente que “nunca ha manchado mi mente la ambición de un reino” y juzgaba “que un nuevo magistrado es ya indispensable para la República”, porque “el pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo”.

Todos los esfuerzos fueron vanos, los de orden militar para dominar las rebeliones, los de orden político para mantener la autoridad de los poderes.

Aquejado de graves dolencias desde su lecho de moribundo, Bolívar vió los resplandores de incendio de la guerra civil, divididos los hermanos en amigos y adversarios, exigiendo estos últimos su alejamiento definitivo como condición de paz. La noticia de esta muerte (acaecida el 17 de diciembre de 1830), impresionó profundamente a los argentinos. En la “Gazeta Mercantil” (2 de mayo de 1831) se refleja este dolor y se evoca la vida dramática y la agonía del Libertador. Una enfermedad de años de fatigas y esfuerzos en la causa de la Libertad, dice, le ocasionaron la muerte a los cuarenta y siete años, agravadas las circunstancias por los ataques políticos que le dirigían sus compatriotas. Recibió los sacramentos y seis días antes de expirar dictó y firmó una proclama patriótica, expresando su horror a la anarquía y exclamando con frecuencia, como una especie de delirio: “Unión, unión, o sino la hidra de la discordia os destruirá”. El cronista de Buenos Aires agrega que Bolívar no tuvo una sola palabra de censura contra sus enemigos a pesar de que sabía que por ellos principalmente había sido conducido a ese fin. Bolívar murió sin tener un real y había sacrificado su patrimonio al servicio de la patria y a la emancipación de mil esclavos. La proclama de Bolívar que también se inserta en la “Gazeta Mercantil” de Buenos Aires, termina reconociendo esta dolorosa verdad: “Si mi muerte puede contribuir a apaciguar todas las facciones y robustecer la unión, bajaré tranquilo al sepulcro”.

Al homenaje justiciero que los contemporáneos argentinos tributaron a Bolívar, conforme a las primeras noticias y apologías escritas en vida, siguió la etapa del estudio analítico de nuestros historiadores.

Mitre fué el corifeo que inspiró la opinión de los investigadores argentinos, trazando las vidas paralelas de Bolívar y San Martín, en esa obra de superiores valores históricos que es la “Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana”.

“Los dos fueron grandes en su medida —dice Mitre— los más grandes hombres que después de Washington la América haya producido, dignos de figurar en el Panteón Universal, como colaboradores del progreso humano. Sin San Martín en el sud del continente y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias que dió el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora”.

El pensamiento de nuestro historiador mayor fué más allá. Además de señalar la contribución positiva de los dos libertadores, confirmando documentalmente el sentimiento de gratitud de los contemporáneos, Mitre fundó la tesis argentina sobre la entrevista de Guayaquil, seguida sin excepción casi, por nuestros historiadores, y se refirió asimismo a los errores políticos que se habían cometido a la distancia de los sucesos y con la perspectiva del tiempo, afirmando “que no pudieron o no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente”.

A la investigación en los archivos, sucedió una etapa polémica, entre publicistas, prolongada hasta nuestros días y registrada en libros improvisados que contienen juicios injustos y en libros densos con graves errores. Es que el debate había encendido las pasiones de propios y extraños, resultado de la incomprensión recíproca, de los celos nacionales y del criterio sectario de las vidas perpendiculares. Al erigirse los monumentos de San Martín en Caracas y de Bolívar en Buenos Aires, y en la oportunidad en que se firme el Convenio Intelectual sobre revisión de la enseñanza de la Historia, para eliminar de los textos las palabras hirientes y los conceptos exaltados, de acuerdo con la verdad histórica y los fines de la educación espiritual de las generaciones futuras, se cierra ese período polémico para entrar en el juicio definitivo de la posteridad, al consagrar la gloria de los pueblos de Venezuela y la Argentina que encendieron la llama del genio en los dos libertadores.

“Mi promesa para con los pueblos en que he hecho la guerra, está cumplida: hacer la Independencia y dejar a sus voluntades la elección de sus gobiernos”, declaró San Martín en su abdicación (1822): “La Independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”, dijo Bolívar en el año del desmembramiento de la Gran Colombia (1829).

Los dos habían vivido con la pupila fija en la épica imagen de la libertad americana, y los dos sabían que la Independencia es el poder supremo, la fuente perenne de todos los bienes que derraman los tiempos y las bendiciones del cielo.

El soldado ciudadano que encarna San Martín trazó con su espada el mapa político del equilibrio internacional sudamericano

y el guerrero estadista que fué Bolívar asoció a todos los Estados en la unión política indestructible de la solidaridad continental.

El plan fulgurante y alentador de Bolívar y la concepción fecunda y realista de San Martín, son las contribuciones para una historia de América de eterna perduración, los dos estilos de vida del hombre americano contemporáneo.

Bolívar y San Martín, complementan la unidad de esa creación original que es el espíritu hispano-americano, las dos vidas simbólicas que confluyen en el afán de la libertad de un Nuevo Mundo.